

habitual en estas Jornadas de Llerena, mantenidas con tesón, rigurosa periodicidad y “milagrosa” capacidad para sostener una empresa tan complicada, que exige un esfuerzo extraordinario no solo para su realización y publicación sino también para que

lo sea con la altura académica que los organizadores y participantes (muchos de ellos habituales) consiguen.

MOISÉS CAYETANO ROSADO



### *Reloj de arena*

*Autor:* Rufino Félix Morillón

*Edita:* Editora Regional de Extremadura. Colección perspectivas. Mérida, 2015, 222 páginas.

Alguna vez me han preguntado sobre mis lecturas de cabecera y, a fuer de sincero, he respondido que en la mesilla de mi dormitorio se puede ver una verdadera montaña de libros que leo con interés y que se relacionan con mis temas favoritos: la Inglaterra Victoriana, la Segunda Guerra Mundial, el cine y, como no podía ser de otra manera, los que tratan de mi ciudad, pero libros de cabecera, sí, algunos y uno de ellos es *Reloj de arena*, excelsa obra de mi amigo, el emeritense militante Rafael Rufino Félix, que hoy presentamos en su segunda edición, en modo alguno corregida, pero si aumentada, bajo los auspicios de nuestra Editora Regional.

Y *Reloj de arena*, recopilación de artículos que Rafael, en su día, fue ofreciendo en el *Diario HOY*, es un libro para emeritenses, para disfrutar, para deleitarse con su lectura. Cuando tu, querido lector, la inicies, irás pasando sus páginas con interés creciente y posiblemente lo hagas de una sentada, pues a ello invita su contenido, pero, al tiempo, te percatarás de que es preciso volver a releer los capítulos en los que se estructura la obra, pues en ellos encontrarás una buena parte de la esencia de Mérida, de esa Mérida eterna que sabemos disfrutar los augustanos.

Alguna vez, también, me he referido al término *emeritensear*, cuya acuñación se me atribuye y algo de cierto hay en ello, pero, en parte, pues ya lo empleó con anterioridad, y yo sin saberlo, un reconocido conciudadano, el periodista Narciso Puig Mejías. ¿Y que es para mí *emeritensear*? Sencillamente ejercer de emeritense, de sentir tu ciudad, de estar orgulloso de su historia, de vivir los trabajos y los días de acuerdo con usos y costumbres tradicionales que conformaron nuestros mayores quienes, a pesar de los varapalos que nos propinó la Historia, supieron insuflar vida a nuestra aletargada ciudad, la que llegó a ser la gran urbe de la fachada occidental del Imperio Romano, pero que no perdió nunca el hábito de la vida, porque los caminos continuaban pasando por aquí, “por ese Puente y pasaje sobre el río Guadiana”.

Y Rufino Félix emeritensea, le sale del alma; es capaz, con su sensibilidad a flor de piel, “a veces, dirá, *mis ojos no son aquello que miran, sino lo que desean*”, y con el bagaje de una larga existencia junto a las suyos en la ciudad augustana, de la calle Arquitas a la Avenida del Puente Nuevo “*las memorias están hechas de algo*”, de penetrar en su íntima esencia, de evocar un paisaje, tan cambiante por el devenir de

nuestras generaciones, de llegar a dibujarnos los peculiares rasgos de una población que tuvo un marcado carácter rural, aunque siempre con deseos de progreso, un progreso propiciado por esa posición estratégica de la que siempre gozó como “carrefour” del Suroeste peninsular.

¿Y es *Reloj de arena* un diario, que marca las horas de nuestra existencia? No exactamente. Rafael lo aclara: “*Solamente guardo en la memoria, con una amena fidelidad al momento y al modo en que ocurrieron, situaciones que han sido determinantes en mi vida*”. No es, efectivamente, hombre de diario- “*Y me alegre, seguirá explicando, pues de existir su actual lectura podría restar a mi ensoñación el áureo esplendor que la nostalgia concede al retorno*”, pero si tiene mucho de cronista, pues, como podrán percatarse, el móvil de cada artículo está íntimamente relacionado con el acontecer ciudadano, lo que propicia una reflexión sobre la ciudad, su presente y su pasado que siempre ofrece en la introducción.

Tras el excelente prólogo que el maestro Antonio Zoido, compañero académico de tan feliz recuerdo, hizo en la primera edición de esta obra, que inteligentemente sus editores han respetado, pues no cabe mejor frontispicio, el primer artículo, “*En la marea del crepúsculo*”, es un compendio de todo lo que va a ser la obra: sus recuerdos familiares, el paisaje ciudadano que contempló, contemplamos los que ya hemos cumplido años, con sus calles tradicionales, hoy todavía vigentes, pero con una fisonomía algo distinta y sus gentes, oficios y modos de vida, en un ambiente que describe magistralmente en sus “*Afanes del tiempo*”.

Ante nosotros aparecen espacios y rincones que ya no existen como la calle de Morería, “*la de los silencios largos*” como la definiera el poeta Félix Valverde, desaparecida en su mitad por la construcción de los edificios de nuestra Autonomía y otros que provocan su entendible desasosiego al comentar un proyecto, un tanto descabe-

llado, que se cernió sobre el convento de las Concepcionistas Franciscanas, rincón favorito para Rafael pues fue alumno de las monjas, esas religiosas que llenaban la calle Concepción con sus rezos y cuyo destino hoy, todavía, a todos nosotros nos desazona. “*Se va marchando la Mérida de mis comienzos*” referirá a este propósito en el capítulo “*Con el mayor amor*”.

Y más arriba, en las contiguas calles de Cárdenas y Moreno de Vargas, el viejo caserón de nuestro Instituto, con su patio de palmeras y sus aulas con sus mapas y láminas, ocupadas por grandes profesores que dejaron su huella como D. Alonso Zamora, con quien, a los años, se reencontraría en el Madrid de sus estudios y personas entrañables en la organización y funcionamiento de aquel recordado Centro como el refiere en “*El tiempo recobrado*”.

La Plaza, lugar de encuentro de los emeritenses de todos los siglos, tiene su protagonismo en varios de los apartados de este libro, con el recuerdo de su actividad pretérita protagonizada por ese autobús, ¡parecía antediluviano!, de la Empresa LEDA que se tomaba para ir a Badajoz en la puerta de la Imprenta Rodríguez, los taxistas, los kioscos y un variopinto mundo de abastecedores con sus carros, recuas de areneros, comarcanos.... Rafael disfrutaba con deleite de ese paisaje tan local y ese disfrute era más placentero para él frisando la amanecida, como refiere en una ocasión, en “*Paseo en la amanecida*” en la que nos explica que, tras una larga duermevera, llega hasta la Plaza y le complace ver ese panorama con el frescor de la calle recién regada en medio de los arabescos que forman en su constante revolotear los vencejos.

Su continua búsqueda de los espacios poco alterados y su evocación del animado ambiente que se respiraba, años ha, en las calles de San Francisco y Santa Eulalia, en los alledaños del Mercado de Calatrava con los puestos de frutas y verduras, de útiles cerámicos salidos de las manos de excelen-

tes alfareros como eran los Vinagre, la venta de productos que “hacían milagros” como antídotos de las más terribles enfermedades y la alopecia, según se encargaban de pregonar los charlatanes.

Y sus gentes: esos personajes populares a los que pone nombre en el artículo “*En el verde horizonte*”; aquellos gitanos de nuestro recuerdo: “Cascarilla”, que pasó por la vida sin dar un palo al agua, el bondadoso “Pajarito”, siempre con su caja de “limpia” y la sonrisa en la boca o el popular “Pino”, nuestro primer guía turístico.

El paisaje ciudadano, cambiante por el curso de las Estaciones, a veces nada acordes con el calendario de su tránsito, con esas sequías que traían la preocupación a los hombres del campo, los rigurosos calores, ocasión propicia para iniciar su dorado exilio a otros lugares más bonancibles, a su Cádiz, bien presente en toda su obra poética y en este libro. La aparición de las primeras brumas, antesala de la celebración de la festividad de Santa Eulalia...

Y no tiene empacho alguno en ser crítico, como lo ha sido hace pocas fechas, en la consideración de proyectos que pudieran afectar a nuestro Patrimonio o a nuestro particular entorno. Y yo le he expresado, sin ambages, mi parecer, coincidente con él en casos como el de Morería, el de la restauración del denominado “Pórtico del Foro”, que él comenta en “*Piedras vivas*” o, más recientemente, con la remodelación del espacio del “Templo de Diana”, al tiempo que deploraba otros proyectos para el Anfiteatro o el Circo en forma de corridas o naumaquias que nunca existieron en esos espacios.

Descubriremos a lo largo de la obra dos de sus aficiones más notables: los toros y el cine.

En “*La corrida*” describe el ambiente de una plaza, repleta de aficionados, algunos de ellos siguiendo en su recorrido hasta el Coso de San Albín a la Banda Municipal de Música, verdadero banderín de enganche

de los más reticentes, y crítica, justamente, la mala reforma llevada a cabo en los años 1962-1963 que eliminó el excelente trabajo de forja que daba sabor a las gradas altas del recinto. En otro pasaje se descubre asimismo, en sus apetencias juveniles, ¿quién no las ha alimentado alguna vez?, de convertirse en figura del toreo, con sus escarceos, con Miguel Yuste, en el corralón de Cayetano Martín.

En cuanto al cine, Rafael es algo más que un aficionado; es, y lo conozco bien, un empedernido cinéfilo. ¡Cuántas veces en nuestros encuentros hemos recordado lo mejor del cine! Esos maravillosos filmes de nuestro preferido, John Ford, capaz de convertir una historia banal en una epopeya, como sucede con “*Centauros del desierto*”, de Hitchcock, de Wyler, de Cukor. Bien patente queda esa afición en el capítulo “*La primera sesión*”.

El mundo ferroviario con el recuerdo del lugar de paseo que fue nuestra Estación o su admiración por esa obra benemérita del Hijo Adoptivo de esta ciudad que es José Simón, los museos, las exposiciones. Y la poesía, cuyas continuas referencias no podían faltar, con la evocación de aquella celebrada “Fiesta de la Poesía” en el tiempo en que florecen los cantuesos a la vera de las imponentes arquerías de *Los Milagros* y de la Revista *Olalla*, que editaron aquellos entusiastas con tanto amor.

A lo largo de las páginas de este libro descubriremos una Mérida que fue, que es, en el envoltorio de una hermosa prosa poética, porque ¿qué podríamos decir de la calidad literaria de Rafael Rufino Félix, con sus 17 libros de poemas, que no hayan ponderado ya críticos del mayor prestigio como Ricardo Senabre con quien le unió una profunda amistad y un sentimiento de admiración mutua y cómo olvidar esos prestigiosos premios que alcanzó este excelso poeta y al que se hicieron acreedores títulos tan relevantes como “*Memorias de la luz*”. “*Las puertas de la sangre*”, Premio Ciudad de Badajoz o el que obtuvo el Premio Ciudad

de Salamanca, “*Las ascuas*”, en el año en el que ejerció la ciudad del Tormes la capitalidad cultural de Europa.

Este libro, pulcramente editado, es un regalo que este Hijo Predilecto hace a su ciudad donde ha pasado felizmente casi toda su vida, con su familia y sus más preciados amigos y Mérida y los emeritenses, a veces tan despegados de nuestros valores, lo deben reconocer. Esperamos, yo así lo deseo,

que tenga el éxito de público que en verdad merece.

No quiero concluir sin mostrar mi agradecimiento más profundo a Rafael por su voluntad de editar esta segunda edición de *Reloj de arena* y a la Editora Regional y a su responsable, Rosa Lencero, que viene realizando una extraordinaria labor, que lo haya propiciado.

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ MARTÍNEZ



### *Jueves sociales*

*Autora:* Pilar Galán.

*Edita:* Cáceres, Norbanova, 2015.

Nunca he sido una persona perseverante. Lo reconozco; en seguida me canso, me saturó de cualquier cosa, incluso de las que me empiezan gustando a rabiar. Las columnas de los periódicos no son una excepción, vengamos al caso. Sí recuerdo, aunque por vía interpuesta, haberme enganchado algunas temporadas a un determinado autor; pero insisto, por indicación de alguien. Veía a mi padre reír casi todos los días con las cosas de Manuel Alcántara y estuve tiempo siguiéndole hasta que, de manera imperceptible y sin razón aparente lo fui dejando, lo fui dejando (que me perdone el maestro). Mi amigo Marino, taurófilo confeso, me enganchó a las tronchantes crónicas que Joaquín Vidal colocaba de tales eventos. Yo no entiendo, ni me gustan, pero disfrutaba la mar con la fina ironía o el letal sarcasmo con que el autor dirimía toros y toreros. Pero ya no, claro.

Viene todo esto a cuento de que, aunque haya leído seguramente todo cuanto Pilar Galán ha publicado, no la he seguido (ni lo hago ahora) en su faceta de columnista semanal; por eso me cae como del cielo esta bienaventurada recopilación de algunas de



sus colaboraciones en *El Periódico. Extremadura*. En primer lugar, porque me ratifica la calidad literaria de la autora, indiscutiblemente superior en las distancias cortas (y un artículo lo es). Y en segundo lugar, y más importante, porque reconozco en ellos -se trata de una antología cronoló-